

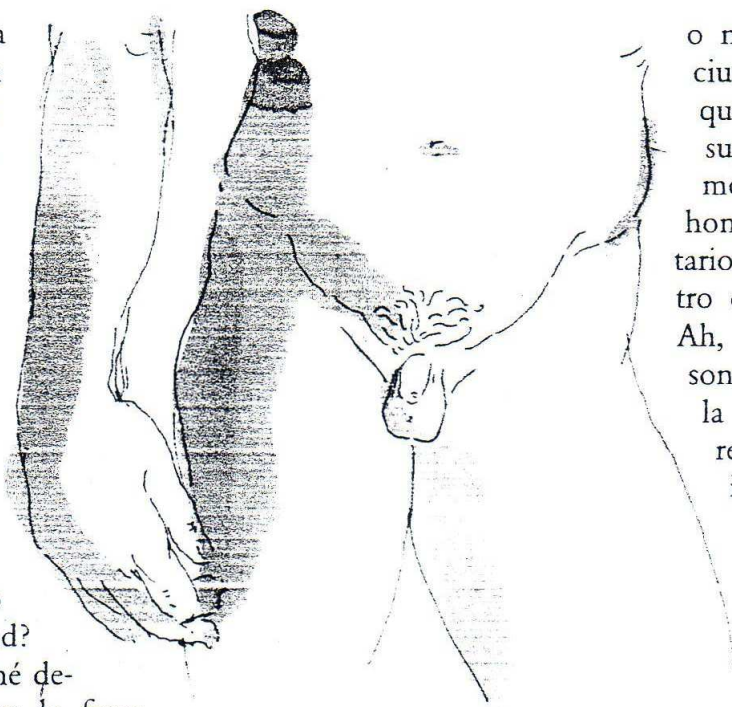
# AY, LOS HOMBRES

**H**ombres. Internada ya definitivamente en la madurez, y pocos días antes de celebrar mi cumpleaños, lo cual siempre hace que me sienta aun más madura (y a lo peor hasta un poco machucada, como la fruta a punto de estropearse), hete aquí que me pongo a pensar sobre los hombres. Es decir, sobre los varones, sobre los chicos, sobre ellos.

Déjenme soltar la tontería: ah, los hombres, qué inmenso misterio. Suena raro, ¿verdad? Hace apenas un mes, le escuché decir a Gabriel García Márquez la frase opuesta a ésta. Fue en el transcurso de una charla informal, en una de esas conversaciones de salón en las que todos nos apresuramos a hablar de algo justamente para no tener que decir nada. Ah, las mujeres, suspiró García Márquez, qué inmenso misterio, son el mayor enigma de la Tierra. Como si las mujeres fuéramos tan sólo parte del decorado del planeta, un ingrediente tal vez algo inquietante puesto al servicio de la mirada protagonista del varón. Ser Márquez y ser Nobel no le evitó a Gabriel García el lugar común. Las charlas de salón suelen ser mortales.

Pues bien, permítanme también a mí caer en el tópico y decir, por una vez, la necesidad contraria: ah, los hombres, qué misterio tan grande. Aunque no, no es verdad, no es así en absoluto. Los hombres no son misteriosos para las mujeres porque nos pasamos la vida analizándolos, estudiándolos, observándolos. Lo que son los hombres es desesperantes. Y emocionantes y enternecedores y fascinantes y decepcionantes y turbadores y despampanantes y a menudo francamente cabreantes. Ay, los hombres.

Las mujeres no solemos cantar a los varones como motivo de embeleso, porque hasta ahora hemos estado demasiado ocupadas en conquistar un lugar en el mundo y en conseguir las libertades básicas. Pero hoy, más



o menos instaladas ya en la ciudadanía (aunque todavía quede mucho sexismo por superar), las mujeres podemos permitirnos analizar al hombre, desde un lugar igualitario, como el objeto de nuestro deseo y nuestro ensueño. Ah, los hombres. Los hombres son el otro, son lo otro. Ésa es la gracia y la sustancia de las relaciones heterosexuales: la increíble y siempre interminable aventura del viaje intergaláctico hacia el otro sexo.

Supongo que la relación homosexual potencia la sensación fusional y especular, y sin duda eso también debe tener su intensidad y su vértigo. Personalmente, yo prefiero, sin embargo, la gozosa inquietud de lanzarse a la negrura sideral para intentar alcanzar (es un viaje imposible) la lejana estrella del varón. Porque estamos separados, hombres y mujeres, por eones; pero la suma de ambos sexos forma el universo. Si alguna vez un solo hombre y una sola mujer logran entenderse y fundirse, estallaría todo. Tal vez el *Big Bang* haya tenido un origen semejante.

Desde mi madurez, pues, pienso en lo que han sido los hombres en mi vida. Desde aquel trapeartista del circo Price del que me enamoré cuando tenía cinco años, probablemente el primer varón del que fui consciente: pájaro musculoso que volaba, hermoso ser distinto. Los hombres como promesa de ternura tan a menudo traicionada: es inevitable, porque nuestros deseos siempre aspiran a más. Los hombres como sorpresa de la vida, como regalo feliz o envenenado, como adorno de los días, como placer visual en el metro o en la calle. Los hombres como interlocutores estimulantes, como niños tontos, como amigos galantes o enemigos feroces. Hombres de piel golosa y embriagador aroma fugitivo. Tan fastidiosos y sin embargo tan necesarios, ay, en fin, los hombres.